

decía él, como la de San Donato; la villa del príncipe Demidoff. Basilio se complacía en recordar sus conocimientos ilustres y no se olvidaba de hacer brillar las glorias de sus excursiones.

—Y tú, ¿has soñado?

Luisa se sonrió; ruborizóse... No; había tenido un gran miedo á la tempestad. Un ligero círculo oscuro rodeaba sus ojos.

—¿No has oído la tormenta?

—Entonces estaba yo cenando en el Gremio.

—¿Tienes la costumbre de cenar?

Su primo sonrió tristemente. ¿Cenar? Si es que se podía llamar cena á un *bestfeack* duro y á una botella de Colares.

—Y todo por ti ¡ingrata!

—¿Por mí?

—¿Por quien, si no? ¿Porqué he venido yo á Lisboa? ¿Porqué he dejado á París?

—Por tus asuntos.

—Gracias,—dijo Basilio mirándola severamente.

Lanzó con fuerza el humo de su cigarro y se paseó aceleradamente por el salón.

De pronto vino á sentarse junto á ella y le dijo que era verdaderamente injusta; que si él estaba en Lisboa, era solamente por ella. Y modulando con ternura su voz, le preguntó si realmente sentía por él un poquito de amor, muy poquito, poquito... y señalaba la punta de su uña.

Los dos se echaron á reir.

—¡Tan poco! Tal vez.

El pecho de Luisa se alzaba con emoción.

Basilio se puso á contemplar sus uñas, admirándolas y aconsejándola emplease el barniz de que se servían las *cocottes* que da un pulimento brillante, y besando la punta de sus dedos, mordió ligeramente el dedo pequeño, asegurando que era dulcísimo

arreglándole con presteza un mechón de cabellos que se había desarreglado. Con mirada suplicante, le dijo que tenía una petición que hacerla.

—¿Qué es ello?

—¡Venirte conmigo al campo! ¡Debe estar tan hermoso ahorahora...

Luisa no respondió nada, arreglando los pliegues del peinador.

—Eso es muy fácil,—dijo Basilio.—Vienes á encontrarme en cualquier parte, lejos de aquí, naturalmente. Te esperaré en un coche, subes y partimos.

Luisa vacilaba.

—No me lo niegues.

—Pero ¿á dónde?

—Donde quieras: A Paco de Arcos, á Loires, á Queluz. Di que sí.

Su voz era apremiante y suplicante.

—¿Qué temes? Es un paseo de amigos, de hermanos.

Ella sonrió.

—¡No! ¡Eso no!

Basilio se incomodó y la llamó beata. Quiso marcharse. Ella entonces le quitó el sombrero de las manos, medio vencida.

—Bueno, ya veremos, puede ser;—dijo sonriendo.

—Di que sí,—insistió Basilio.—Sé buena muchacha.

—¡Bien, sí; mañana hablaremos y veremos!

Pero al día siguiente, Basilio, con mucha habilidad, no le habló del paseo ni del campo. No dijo ni una palabra de su amor ni sus deseos. Parecía muy alegre; le llevó el libro de Belot *La mujer de fuego*; sentado al piano, cantó canciones de café cantante, bastante ligeras, imitando la voz ronca y acre de los cantantes: la hizo reir.

Después le habló mucho de París, contó la cróni-

ea amorosa de actualidad, anécdotas pasiones *chics*. Todo pasado entre duquesas y príncipes, dramática y sensible, alegre muchas veces, pero siempre en un lago de delicias. De todas las mujeres de que hablaba, decía:

— Era una mujer muy distinguida y naturalmente tenía un amante.

El adulterio aparecía como un deber aristocrático. La virtud, después de oírle, parecía un defecto propio de un espíritu mezquino ó la ocupación ridícula de un temperamento burgués.

En el momento de salir, dijo como acordándose:

—¿Sabes que todavía tengo idea de viaje?

—¿Por qué?—dijo ella palideciendo.

—¿Qué diablo hago yo aquí?—murmuró Basilio con indiferencia.

Quedó un momento con la mirada fija en el suelo y como tomando una resolución, dijo:

—Adiós, amor mío.

Y salió.

Cuando entró Luisa por la tarde en el comedor, tenía los ojos enrojecidos, como si estuvieran sus párpados quemados por las lágrimas.

Al día siguiente fué ella quién habló del campo. Se quejó del calor, de la aridez de Lisboa. ¡Qué lindo debía ser Cintral!

—Tú eres quién no ha querido,—dijo Basilio.—Podíamos haber dado un paseo encantador.

Pero ella tenía miedo; podían verlos.

—No hay peligro. ¡En un coche cerrado, con las cortinas echadas?

Pero eso era peor que estar en una habitación; eso era ahogarse dentro de un cajón.

No. Podían ir á una quinta, á las *Alegrías*, la quinta de un amigo suyo que estaba en Londres: allí no había más que los arrendatarios; ¡estaba cerca

de Olivaes! Grandes paseos de laureles, adorables sombras; podían llevar helados, *champagne*.

—¡Vendrás?—dijo bruscamente, tomándola las manos.

Ella se sonrojó.

—Puede ser. El domingo veremos.

Sus ojos se encontraron; Luisa se hallaba muy turbada y fué á abrir las ventanas para dar al salón la claridad, un aspecto menos íntimo; sentóse luego en una silla cerca del piano, temiendo la sombra, el sofá, todos los cómplices y le pidió que cantara alguna cosa, porque ella tenía tanto miedo de hablar como de callar. Basilio cantó la *Medje*, la melodía de Gounod, sensual y conmovedora. Aquellas notas ardientes llegaban á su alma como el ambiente de una noche cargada de electricidad. Cuando Basilio salió, permaneció sentada, inmóvil, doblada, sufriendo todo su cuerpo, como después de una fiebre.



Sebastián pasó estos tres días en Almada, en la quinta de Rosegal, á la que le llamaban sus quehaceres. Volvió á los dos días y se encontraba en su comedor esperando su almuerzo y acariciando á su gato *Roelin*, amigo y confidente del ilustre Vicen-

te, envuelto en piel como un prelado, é ingrato como un tirano.

Avanzaba la mañana y el jardín se llenaba de sol. El agua del estanque corría en haces temblorosos, en los que se reflejaban las hojas del emparrado. Dentro de sus jaulas cantaban dos canarios á toda voz.

La tía Juana, que acababa de poner sobre la mesa el humeante almuerzo, se acercó y dijo con voz cascada:

—Ayer vino Gertrudis, que charló de un modo... ¡Y qué tonterías!

—¿Y sobre qué, tía Juana?

—Sobre un joven; que según dice, va á ver á Luisa todos los días.

Sebastián se levantó como por resorte.

—¿Qué ha dicho, tía Juana?

La vieja se sentó y se colocó la servilleta sobre el pecho.

—Murmuraba, preocupándose por saber quién sería el dichoso joven, diciendo que es buen mozo. Va y viene todos los días en coche. El sábado se quedó hasta la noche. Se cantó en el salón y ella dijo que ni en el teatro...

—Es el primo,—interrumpió Sebastián impaciente.—¿Quién ha de ser? Es el primo que ha vuelto del Brasil.

La tía Juana sonrió maliciosamente.

—Ya me figuré que sería pariente. Ella dice que es buen mozo... Digo, que ya me figuré que era pariente,—repitió yéndose á la cocina.

Sebastián almorzó preocupado. Si la vecindad lo comentaba ¡qué escándalo! Irresoluto é incómodo se decidió á hablar con Julián.

Bajó la calle de San Roque hacia casa de éste y le distinguió que subía lentamente por la acera de la

sombra, con un rollo de papeles bajo el brazo y vestido con un pantalón blanco, todo cascarreado.

—Iba á tu casa—dijo Sebastián.

Julián se sorprendió de la excitación desusada de su voz.

—¿Había novedad? ¿Qué ocurría?

—Algo endiablado—dijo Sebastián en voz baja.

Se pararon delante de una confitería.

—Entremos en un café,—dijo Julián;—en la calle llueve plomo.

Estoy muy molesto,—murmuró Sebastián.

En el café, el color azul marchito del papel y las puertas medio abiertas, templaban la fuerza del sol y daban un fresco silencioso.

Fueron á sentarse al fondo de la sala.

En la calle, las blancas fachadas de las casas pintadas de blanco, cegaban la vista. Había periódicos sucios sobre las mesas. Detrás del mostrador, lleno de botellas, dormía un mozo, dando cabezadas. Un pájaro cantaba en otra habitación. Se oía el ruido intermitente de las bolas de billar á través de una mampara verde: de vez en cuando, surgía en la calle la voz de un vendedor, y estos ruidos se perdían en el rodar de un carruaje que bajaba apretando los frenos.

Frente á ellos, un individuo sucio y de figura de pícaro, leía un periódico; algunos pelos ralos de su cabello canoso, se pegaban sobre su calva amarilla; su bigote, que blanqueaba, tenía señales del cigarro las noches de orgía habían dado á sus párpados un color rojizo y un tono de cera á su cutis chupado. De cuando en cuando volvía con pereza la cabeza y escupía por el colmillo, imprimiendo al periódico una sacudida maquinal, volviendo á leer con aire aburrido.

Quando los dos amigos entraron y pidieron sorbe-

tes, el hombre les saludó gravemente, inclinando la cabeza.

— Pero en fin, ¿qué hay?— dijo Julián.

La cosa se refiere á nuestros amigos,—respondió Sebastián acercándose.— La causa es el primo, ¿sabes?...

El recuerdo vivo de la humillación que había sufrido en el salón de Luisa, le puso rojo el rostro á Julián. Pero era fuertemente orgulloso y respondió secamente:

— Sí, le he visto.

— ¿Y qué?

— Que me ha parecido un estúpido,—dijo sin poderse contener.

— Un extravagante ¿verdad?

— Un estúpido,—repitió Julián.— Unas maneras... una afectación... unos refinamientos... la vista siempre en los pies y en las medias, bien ridiculas por cierto, como de mujer... Yo le enseñé sin escrúpulo mis botas... estas mismas... sin betún, tengo esto á honra: son botas de hombre que trabaja.

Se vanagloriaba de una pobreza que en la intimidad le humillaba no poco.

Tomó un sorbete y resumiendo, dijo:

— Es un imbécil.

— ¿Sabes que fué novio de Luisa?

— Sí,—respondió á la mirada atónita de Julián.— Nadie lo sabe. Ni aun Jorge. Pero yo lo supe hace poco; estuvieron á punto de casarse, pero murió su padre, se fué al Brasil y ya allí, escribió rompiendo el compromiso.

Julián sonrió, con la cabeza apoyada en la pared.

— Pero esa es la historia de *Eugenio Grandet*,— dijo;— me estás contando una novela de Balzac.

Sebastián le miró asombrado.]

— No se puede hablar en serio contigo. Te digo por mi honor que es cierto.

— Bueno, Sebastián; continúa.

Hubo una pausa. El individuo calvo contemplaba el techo estucado, un poco fumoso por el tabaco y las moscas, y con su mano sucia acariciaba los pelos grises de su barba. Anudaba su corbata de luto con un alfiler de bisutería.

Se disputaba en la sala de billar.

Sebastián dijo bruscamente, como presa de súbita resolución:

— ¡Pues has de saber que ahora va todos los días!

Julián se tendió sobre el diván y le miró.

Los cristales de sus lentes brillaban.

— Quieres confiarme algo ¿eh, Sebastián? El primo quiere seducirla, ¿eh?—añadió con viveza, casi alegre.

Esto escandalizó á Sebastián.

— ¡Hombre, Julián!—dijo severamente.— ¡Con esas cosas no se juega!

— Pero es evidente que quiere seducirla. ¡Qué infeliz eres! ¡Ya era su novio cuando niña, y ahora la quiere casada!

— Habla más bajo—dijo Sebastián.

Pero el mozo dormía y el individuo calvo estaba empapado en su melancólica lectura.

— Lo de siempre,—dijo con voz baja Julián.— El primo Basilio tiene razón; busca el placer sin responsabilidad: tú no sabes, amigo Sebastián, qué influencia tiene esto sobre el sentimiento. Tiene un marido que la viste, la calza y la mantiene; que la vela si está enferma y la soporta si está nerviosa; que tiene todas las cargas, todos los contratiempos, todos los hijos, todo lo que es consiguiente; ya sabes lo que es la ley. Por consiguiente el primo no tiene que hacer otra cosa más que llamar á la puerta y

la encuentra propicia, fresca, apetitosa, con todo pagado por el marido y...

Se puso á reír, lió un cigarrillo y se regocijó con esta risa de escándalo.

—Es lo mejor—añadió—todas las primas hacen lo mismo. Basilio es su primo, luego... Ya conoces el silogismo, Sebastián,—le dijo dándole en el muslo.

—¡Mil diablos!—exclamó Sebastián, pensativo.—De modo que tú crees que una muchacha llamada...

—No creo nada.

—Hablo bajo, querido Julián.

—Pues no creo nada; establezco su actual situación... pero como es una muchacha honrada...

—¡Sí, que lo es!—dijo Sebastián, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Va, señor!—dijo el mozo.

El viejo calvo se levantó, pero viendo que el mozo volvía bostezando al mostrador y que los dos amigos continuaban tomando el helado, puso los codos sobre la mesa, y tomando otra vez el periódico, dejó caer sobre él una mirada desolada.

—No se trata de ella,—dijo Sebastián tristemente.

—Se trata de la vecindad.

Callaron un momento; crecía la disputa en el billar.

—¿Pero qué tiene que ver la vecindad?...—dijo Julián.

—Tiene que ver... Las vecinas ven entrar á ese muchacho. Va en coche, y mete ruido en la calle. Se habla ya de ello y han ido con cuentos á la tía Juana. Hace días encontré á Netto que se ha apercebido de ello y Correa también. No pasa nada en aquella casa sin que el mueblista del piso bajo lo comente: son lenguas temibles. Ayer salía yo á dar un paseo, cuando bajaba del coche el primo y en seguida surgieron los conciliábulos en la calle y las miradas

por las ventanas. Va todos los días. Saben que Jorge está en el Alentejo. Se está allí dos ó tres horas. ¡Esto es grave, muy grave!

—Pero ella, ¿está loca?

—No, es que no ve nada malo en ello.

Julián se encogió de hombros.

La puerta del billar se abrió; un hombre de alta estatura y bigotazo negro, salió bruscamente, muy alterado y se detuvo en la puerta gritando á alguien de dentro:

—¡No olvide usted que estoy á su disposición cuando gustel

Una voz ronca, respondió desde el billar con una obscenidad.

El individuo gigantesco, cerró furioso la mampara y atravesó el café gruñendo; un mozo flaco, vestido de paletó de invierno y pantalón blanco, le siguió tambaleándose.

—Lo que debí hacer,—gritó el gigante,—es romperle la cara.

El mozo flaco respondió con blandura y servilismo:

—Las disputas no conducen á nada, señor Correa...

—Es que soy demasiado prudente—aulló el gigante,—y no olvido que tengo mujer é hijos...

Y se marchó, perdiéndose su voz franca entre el ruido de la calle.

—¿Te parece que sería bueno advertirla?—dijo Sebastián después de reflexionar.

Julián levantó los hombros y arrojó una bocanada de humo.

—Dime algo,—imploró Sebastián.—¿Irás tú á decirselo?

—¡Yol!—dijo Julián de mal talante.—¿Estás loco?

—Pero, en fin... ¿qué te parece?

La voz de Sebastián era de aflicción.

—Ve tú, si quieres. Dila que te has apercebido...

En fin... no sé...

Y se puso á mascar el cigarro.

Su mutismo afectó á Sebastián.

—He venido á que me des un consejo—dijo desesperado.

—¿Pero, qué diablo quieres? Eso es cuenta de ella; sí, de ella,—acentuó, viendo la mirada de Sebastián.

—Es mujer de veinticinco años y casada hace cuatro; debe saber que no se recibe á un guapo mozo todos los días en una calle estrecha y con una vecindad en acecho. Si así lo hace, es porque le convenirá.

—¡Oh, Julián!—dijo severo Sebastián.—¡Estás engañado, pero muy engañado!—añadió con emoción.

Y se calló afligido.

—Amigo Sebastián,—dijo Julián levantándose.—

Yo digo lo que pienso; tú haces lo que te parezca.

Y llamó al mozo.

—Deja,—dijo Sebastián,—yo pagaré.

Iban á salir, cuando el individuo calvo, dejando el periódico, se precipitó á la puerta, la abrió inclinándose y presentó á Sebastián un papel azul doblado.

Sorprendido Sebastián, leyó alto y maquinalmente:

“¡El abajo firmado, antiguo empleado del Estado reducido á la miseria...!”

—He sido el amigo íntimo del noble duque de Saldanha,—gimoteó el individuo calvo.

Sebastián se puso colorado. Le saludó y le dió discretamente unas pesetas.

El individuo se inclinó profundamente, y dijo con respetuosa voz:

—¡Mil gracias á V. E. señor conde!

V

Al otro día, hizo un calor sofocante, y poco después de mediodía, Juana, tumbada en una vieja butaca de junco de la isla de Madera, dormía la siesta. Como se levantaba temprano, á las cinco, y antes algunos veces, haciendo temblar el piso con sus pasos pesados, aquella hora de descanso la gustaba mucho.

Las ventanas estaban cerradas por el sol; el puchero murmuraba al fuego su *ron ron* adormecedor, toda la silenciosa casa parecía embrutecida por aquel calor tórrido, cuando Juliana entró como una tromba y dejando en el suelo un paquete de ropa sucia, exclamó:

—¡Que me parta un rayo si con este escándalo no se viene la casa abajo!

Juana se despertó sobresaltada:

—¡Quien quiera las cosas con orden que las vigile!—aulló con los ojos inyectados en sangre.—¡No hay necesidad de estarse todo el día en el salón charlando con las visitas!

La cocinera cerró la puerta espantada.

—¿Qué hay, señora Juliana? ¿qué sucede?